

EUROPA Y EL COMUNISMO

Unos setenta partidos comunistas van a reunirse en Moscú a partir del 5 de junio. Los problemas con que se enfrentan pueden, prácticamente, resumirse en dos: las fórmulas de coexistencia entre partidos comunistas y la de países comunistas con países occidentales. Aún es posible considerar estos dos problemas como uno sólo, puesto que hay una importante interacción entre ellos. El artículo que el secretario general del partido rumano, Nicolae Ceausescu, acaba de publicar en «Problemas de la Paz y el Socialismo» refunde estos problemas en una sola síntesis al proponer la retirada definitiva de todas las tropas extranjeras con base en Europa occidental y oriental, la disolución simultánea del Pacto del Atlántico y del Pacto de Varsovia, el reconocimiento de las actuales fronteras europeas —Incluyendo la línea Oder-Neisse, que forma la actual frontera entre Alemania Federal y Polonia, y también la separación definitiva entre las dos Alemanias— y estableciendo lo que en las traducciones occidentales se llama «el derecho a la autodeterminación» de todos los pueblos europeos. Ciertamente las dependencias de algunos países europeos occidentales con respecto a los Estados Unidos, las de los países orientales con respecto a la U. R. S. S., están definidas en la actualidad por la existencia y la persistencia del término «amenaza», referido a Europa, que cada uno de los países hegemónicos hace pesar sobre el otro. Ciertamente también esgrimir la existencia de esa amenaza ha servido a cada uno de ellos para una implantación fructífera desde un punto de vista económico.

La intención de la U. R. S. S. en esta conferencia es la de restaurar la unidad perdida en los movimientos comunistas y la de afirmar que la capitalidad del comunismo sigue estando en Moscú, para lo cual ofrece a los países con régimen comunista la esperanza de que la mayor autonomía a que aspiran con tanta energía como para producir situaciones tan tirantes y difíciles como la de Checoslovaquia, sólo podrá conseguirse mediante la constitución de un bloque unido que fuerce a los occidentales a aceptar la tantas veces propuesta, y tantas veces rechazada —cada vez con más matices—, conferencia de seguridad europea, que sin duda va a ser objeto de un comunicado más en la reunión de Moscú. Es un círculo vicioso. Reduciéndolo a sus términos esenciales, encontramos que, para conseguir una mayor independencia, los países comunistas tienen que comenzar aceptando una mayor dependencia. Esta contradicción no sorprenderá mucho a quienes recuerden el discurso de Nixon en Bruselas, ante los países de la OTAN, o sus palabras en Washington al conmemorar el aniversario del Pacto del Atlántico. Venía a hacer la misma proposición a los países occidentales. Con la diferencia de que los acontecimientos de Europa occidental producidos desde entonces parecen estar ayudando a Nixon. La desaparición del general De Gaulle de la escena política ha quitado de en medio al principal mantenedor de la idea del independentismo europeo y, por lo que se sabe hasta ahora, cualquiera de los dos sucesores más posibles del general, el europeísta Poher, discípulo de Schumann, o el revisionista del golismo Pompidou, van a ser más favorables al atlantismo de lo que lo fue su predecesor. Al mismo tiempo que Francia se desfigura, Alemania Federal se fortalece —en su moneda, en sus armas, en su nacionalismo— y va tomando, poco a poco, el papel de la nación más importante de Europa occidental. Este fortalecimiento la

inclina muy notablemente a la derecha, hasta el punto de que hay una especie de competencia entre el NPD (partido nazi) y los dirigentes de la democracia cristiana en torno a los temas nacionalistas. Es indudable que esta Alemania Federal, con nueva fuerza, se opondrá a todo arreglo europeo que signifique la separación oficial de la República Democrática Alemana y el reconocimiento de las fronteras Oder-Neisse que reintegran a Polonia parte del territorio del que fue Gran Reich de Hitler. La posición definitiva de Alemania Federal se aclarará —en lo posible— en las elecciones de septiembre, cuando estos puntos de vista se enfrenten con los de la socialdemocracia de Willy Brandt, partidario de la fijación de las fronteras actuales, de una solución negociada de la cuestión de las dos Alemanias y de un entendimiento con los países del Este. El 17 de mayo, el jefe del partido comunista polaco, Gomulka, proponía un tratado por separado entre Alemania Federal y Polonia estabilizando la frontera actual; dos días después, Willy Brandt respondía, casi con entusiasmo, asegurando que estaba dispuesto a conversar con Polonia y explicando que consideraba «la reconciliación con Polonia tan importante, históricamente, como la reconciliación similar que se realizó ya con Francia», mientras el partido demócrata cristiano, por medio de su portavoz oficial, comentaba las declaraciones de Gomulka diciendo que eran «extraordinariamente ingenuas». Desde hace algún tiempo, en la U. R. S. S. y en los países comunistas parece haber una corriente favorable a la socialdemocracia alemana federal, que antes era considerada como idéntica a la democracia cristiana. (V. «El revisionismo revisado» en el número 358 de TRIUNFO.) A pesar de algunos apoyos sindicales y juveniles, no parece ahora que la socialdemocracia tenga muchas posibilidades en las elecciones de septiembre. La resurrección del espíritu nacionalista, apoyado en visibles éxitos concretos de Kiesinger y teñidos de una considerable fe mágica en la superioridad germánica, son en estos momentos muy fuertes.

Este nuevo condicionamiento de Europa occidental debe hacer que la U. R. S. S. encarezca de los países comunistas y de los partidos que acudan a la conferencia la necesidad de rehacer su bloque y quizá le sirva de base para justificar su intervención en Checoslovaquia. Es difícil que lo consiga si pretende imponer una línea disciplinaria y dura o si intenta provocar una condena de los comunismos abiertamente disidentes de la U. R. S. S. La anterior conferencia plenaria se celebró en 1960 y acudieron a ella representantes de 81 partidos. Fue en ella donde el delegado chino manifestó la disconformidad con la destalinización y abrió un cisma que no se ha cerrado, sino que tiende a ampliarse. El hecho de que en esta conferencia de 1969 falten una decena de partidos —entre ellos el chino, el de Corea del Norte, el albanés y el yugoslavo; puede faltar también el norvietnamita, que quiere estar neutral en el problema chino-soviético, y quizá el cubano se limite al envío de observadores, por esa misma razón y también para marcar su desaprobación a la política conciliadora de la U. R. S. S. con respecto a gobiernos anticomunistas de Hispanoamérica— muestra el escaso éxito del centrismo. Algunos partidos comunistas occidentales y algunos países de régimen comunista —Rumania, Checoslovaquia— han debido advertir ya que no están dispuestos a firmar ninguna condena explícita de las tendencias chinas, que supondrían simultáneamente condenar sus propios derechos a la busca de «otras vías» del marxismo, hasta el punto de que la U. R. S. S. probablemente no hará ya ninguna presión para que haya un pronunciamiento en ese sentido, sino que se limitará simplemente a exhibir como buen éxito el hecho de que haya podido reunir en Moscú setenta partidos del mundo.